

ción mahometana los agravios que Grecia y Servia, conservando en su aflicción una relativa independencia bajo la humillación de los añejos tributos á Turquía. Exenta de tales tributos por los tratados europeos, constituida en reino independiente, los tratados últimos hánla despojado de aquella parte de Besarabia que frisaba con el bajo Danubio y le han concedido la Doubrouzka, cuya línea engrandece mucho su frontera por la parte del Mar Negro; pero la expone mucho más que antes á las invasiones de Rusia. Con esto y con que su amada Transylvania todavía esté bajo la dominación indirecta del Austria un desasosiego profundísimo reina en todo el rumano territorio.

Hay todavía una porción de los Balkanes y del Danubio, más ó menos adscrita por las convenciones diplomáticas al otomano imperio, que perturban y enzozobran la política europea. Todo el mundo comprenderá que hablo de Bulgaria. Si el Estado propio de Servia y el Estado propio de Rumania trae graves dificultades, no obstante hallarse una y otra en una relativa independencia, cuantas no traerá Bulgaria, separada en dos por los tratados, reunida en una sola por la revolución, y con un organismo arreglado según sus votos y otro arreglado según los votos de la diplomacia europea. El tratado de San Estefano con firme propósito de cortar en dos el territorio turco en Europa, concedió á la Bulgaria, por él ideada, una porción de las costas egeas. Pero el tratado de Berlín devolvió á Turquía las riberas septentrionales del Egeo, desmembrando en tres porciones desmesuradísimas el territorio búlgaro. Una porción se constituyó con las regiones comprendidas entre las orillas del Danubio y la cordillera de los Balkanes; otra porción se constituyó con las regiones de allende los Balkanes y se denominó la Rumelia oriental. La tierra comprendida entre las riberas del Danubio y los montes recibió una independencia minorada sólo con la prestación de tributo; y la tierra de allende los montes recibió lo que se llama sin grande propiedad autonomía administrativa, y una Constitución europea. Macedonia, que los búlgaros creen una prolongación de Bulgaria y los griegos una prolongación de Grecia, quedó completamente á merced y arbitrio de los turcos, sus odiados dominadores, con lo cual no hay para que añadir las profundas causas existentes allí de disgusto y las profundas perturbaciones surgidas de todos estos disgustos. Así el gobierno de tales diversos Estados aparece cada día más difícil, y sus reyes cada día más circuidos por procelosos oleajes. Mientras en Servia los príncipes tienen

que irse casi, ahuyentados por las divisiones entre servios rusófilos, y servios austrófilos; en Rumania, la familia de origen alemán que allí reina, se despolariza rápidamente y toca en los límites de una deposición moral precursora siempre de los graves destronamientos materiales. Si exceptuamos el Montenegro, cuyo rey, casi albanés, acierta con fortuna y prestigio á mantenerse allá en sus rocas, los demás pueblos cristianos, que han surgido más ó menos rápidamente de las desmembraciones turcas, no se hallan muy satisfechos con su respectiva suerte. Cuando se atraviesa una situación tan crítica y particular, como la situación atravesada por los pueblos cristianos del Balkan y del Danubio, todo les indica la necesidad imprescindible de una confederación correspondiente con sus respectivas situaciones. Pero la confederación pide ciertos afectos de amistad entre los pueblos á confederar, y la península no ve sino grandes odios, lo mismo dentro de Bulgaria, Rumania y Servia entre los partidos, que fuera entre los pueblos. Así, tras tantos esfuerzos empleados para pacificar la vieja Tracia, bien puede asegurarse que nunca estuvo tan cerca, cual hoy, de una tremenda guerra.

VII

El imperio antiguo de Oriente se vió siempre amenazado por las razas bárbaras, á quienes opuso resistencia invencible durante seis siglos hasta caer por último bajo la cimitarra de los turcos. Y estos turcos, detentadores del imperio, que tan grande pujanza consiguieron durante dos siglos, véense amenazados hoy por las razas boreales que pueblan el Norte de nuestra Europa y viven bajo el despotismo de Rusia. Pocos fenómenos políticos y sociales tan curiosos como la formación del inmenso imperio moscovita, ligado estrechamente con la suerte y destino de todos los pueblos orientales. A medida que la estrella de nuestra España iba sumergiéndose con tristeza en su ocaso, dos grandes imperios surgían, guerrero y continental el uno, marítimo y colonial el otro, á saber, el imperio ruso y el imperio británico, destinados á chocar tarde ó temprano en terrible choque, por la posesión directa ó indirecta de Turquía y por la propia superioridad sobre todo el planeta. Dejando aparte América y Africa, donde los rusos no tienen posesión alguna, considerable porción de nuestra Europa y porción no menos considerable del Asia les pertenece hoy en absoluto dominio. Se pasma uno

al ver como la tierra se divide entre la gran potencia oriental y la gran potencia occidental, organizada la una para el comercio y organizada la otra para el combate, propensas ambas por sus contradictorias organizaciones y por sus ministerios opuestos hoy á una competencia, y á una guerra mañana que puede perturbar y ensangrentar, en guisa de ciclón asolador y terrible, todos los mares y todos los continentes.

Una idea, muy confusamente advertida en la vieja historia y por los antiguos pueblos, anima con su espíritu á Rusia, la idea de raza. Para este vastísimo imperio hay un papel que representar y un objeto que cumplir en la cultura moderna, por su fuerza y por su autoridad: la federación de los antiguos esclavones, unos, siervos del Austria; otros, siervos de Alemania; otros, siervos de Turquía, según sus divisiones y sus fraccionamientos. Pero entre todos estos pueblos de un igual origen y de un igual destino el que más atrae sus miradas por la proximidad geográfica y por la consanguinidad fisiológica es el conocido bajo la denominación célebre de boreal eslavo. Familia de antiguo numerosa y fecunda, se ha visto dividida entre los escandinavos, los alemanes, los austriacos, los suecos, los noruegos, los dinamarqueses, los húngaros, división que indigna y subleva naturalmente al ruso, poderosísimo en su Estado, y para concluirlo dispuesto á esgrimir todas sus armas y á verter toda su sangre. Observando la marcha de Rusia, no ahora, desde que principió á sentirse con propia voluntad y conciencia, descúbrese como se ha propuesto quitar á los escandinavos, quitar á los magyares, quitar á los teutones, quitar á los turcos, el dominio sobre las razas eslavas, constituyendo con ella, una especie de inmensa confederación militar, que llevase á su frente un Czar, general, emperador, pontífice, especie de semi-dios, destinado á esgrimir perpetuamente desde su trono parecido á un carro nómada de guerra el sable de cien combates, empeñados con el firme propósito de unir, y después de unir, vengar á una raza opresa de antiguo por otras razas rivales.

Allá, en el octavo siglo, las familias escandinavas y las familias esclavonas vivían muy separadas. Pero, habiéndose formado en las grandes penínsulas del Norte aquellas tres agrupaciones políticas, que se llaman Suecia, Noruega y Dinamarca, bien pronto, la tensión interna de todos los Estados que aspiran á dilatarse y extenderse, había de mezclar por fuerza con los esclavones á los escandinavos, como también los había mezclado con los

alemanes. Cuatro grandes grupos, á fines del siglo noveno, formaban los eslavos del Norte. Uno de estos grupos se dilataba por la Pomerania, el Brandeburgo, la Sajonia, pueblos hoy definitivamente germanizados. Otro de estos grupos formaba la Bohemia y la Moravia, donde ha ejercido el imperio germánico un poderoso influjo, pero sin lograr nunca germanizarlos. Otro de estos grupos componía la Silesia, condenada por su posición geográfica y por su carácter histórico á sufrir muchas y muy graves competencias. El grupo sito más al Oriente, grupo alzado entre Rusia y Hungría, debió formar primero el reino de Polonia, y servir luégo á Rusia de comunicación más ó menos forzada y violenta con el centro de nuestra Europa. La idea de raza domina toda la historia rusa. Por eso los servios y los búlgaros, dominados por Turquía; los macedonios de sangre boreal que han querido huir á las pretensiones de Grecia y á la ortodoxia del Phanar; los cheques y los moravos en sus competencias con el Austria; los esclavones de varias razas y creencias que han pretendido evadirse á la germanización; los croatas blancos que han peleado constantemente con Hungría: todos vuelven sus ojos hacia Rusia y todos la saludan como una dilatación superior de la inmensa Esclavonia, soñada por cada cual desde su respectiva servidumbre.

Un reino esclavon hay, sin embargo de todo esto, que nunca se adhirió á la idea esclavona. No habemos necesidad alguna de indicar como hablamos del reino polaco. Polonia, el mayor Estado surgido en la Edad media del seno de los esclavones, ora por haberse adherido á la Iglesia católica, ora por otras causas, resistió siempre á las dobles atracciones de los alemanes sitos á su Occidente y de los rusos sitos á su Oriente, repugnando con igual repugnancia tanto la rusificación como la germanización. Así puede asegurarse que los caracteres distintivos de la historia polonesa resultan competencias inextinguibles con Rusia, mediante las cuales, en alternativas múltiples y varias, inicia ó sufre pavorosas conquistas. Al encontrarnos hoy con los rusos de nuestro tiempo, con los más liberales y avanzados, si por casualidad les preguntamos por la suerte futura de Polonia, deplorando su desgracia y su desmembración, diránnos como la tierra mártir debía sufrir estas trucidaciones terribles, y ver sus miembros repartidos entre los déspotas, por sus conquistas sobre Rusia y sus antiguas tiranías. La misma denigración sistemática empleada por los romanos del Occidental Imperio contra

los griegos del Oriental hase repetido por los rusos contra los polacos. La torpe ligereza de sus reyes históricos, las procelas de sus elecciones regias, los tumultos de sus asambleas anárquicas, las crueldades de sus aristocracias soberbias, la suerte mísera de sus campesinos esclavos, el azote de sus guerras civiles continuas, todo lo que ha podido perder moralmente á Polonia mucho antes de perderla materialmente y para siempre, todo se ha divulgado en la conciencia europea por los rusos, á virtud de una conjuración intelectual formidable, sabiendo cual saben como asesina y acaba la deshonra.

Ya puede comprenderse la causa del odio profesado por los rusos á sus hermanos en esclavismo, á sus hermanos mayores, los fuertes y heróicos poloneses. Polonia representaba una barrera, en la cual debía estrellarse Rusia; y el ruso la melló y trituró como el mar hirviente la duna que lo limita y lo refrena. Reducido el Estado ruso en las regiones centrales de una estepa casi oceánica, y sin comunicación directa ni con el mar ni con el corazón de nuestra Europa, debía destruir muchos Estados para dilatarse y extenderse por los espacios necesarios á su desenvolvimiento. Los escandinavos le cerraban el paso al mar Báltico; los turcos y sus kanes el paso al mar Negro; los cosacos y los kirguises el paso al mar Caspio; los poloneses y los húngaros el paso á la Europa central. Necesitaba luchar con todos ellos á un tiempo en cien combates titánicos, para cumplir su ministerio histórico, y luchó desde los comienzos de su vida con pujanza reveladora del ministerio á cumplir en lo futuro, ministerio de guerras y de conquistas. Cierta también que muchas dominaciones extrañas habíanse impuesto á su nativo espíritu. Primero aparecen los escandinavos elevando su autoridad hasta los eslavos más septentrionales; luégo vienen los magyares y otras razas turanias y tártaras á ejercer dominio sobre Rusia.

Mientras tanto, en la materia difusa irradiada por territorios inmensos, que se decia Esclavonia del Norte, iban formándose núcleos muy propios é idóneos para componer el centro de nuevos Estados y el germen de pueblos nuevos. Unas veces la ciudad de Nougorod, otras veces la ciudad de Kief, ofrecía centros á los rusos bautizados con denominación escandinava. Mas lo que siempre les inquietó desde antes del año mil, fué la posesión de aquel núcleo, á cuya virtud atractiva fían aún hoy la mayor de sus transformaciones, la posesión de Constantinopla. Cuando, después de haber descendido á vela el curso de un río rodeado por tribus guerreras y enemigas, como el

Nieper, debían retroceder, sin tocar en el Bósforo, consolábanse de sus rotas y de sus retrocesos, bogando en el Caspio, sabedores de que desde allí, tanto podían dirigirse hacia el Asia Central como hacia el Asia Menor, contrastando los emperadores de Constantinopla y los soldanes de Persia. Pero entre aquellos esfuerzos, unas veces la conquista de Polonia y de Lituania que se apoderaban de diversas regiones rusas; otras los finneses desde las orillas del Volga; otras los kararos de las orillas del Euino; otras los kumanos extendidos desde los Montes Ourales al Danubio; otras los tártaros que cambiaron en sus estepas la vida nómada por vida más alta; otras las antiguas razas del Báltico, siempre alguna denominación extranjera, debía tener sometido á este imperio, cuya complexión guerrera le llamaba de antiguo á sujetar bajo su dominio tantos y tantos pueblos. Dícese que allá, en los fondos del mar, hay empeñado un combate cruelísimo, de cuyos horrores no pueden tener idea las especies que viven aquí en el planeta, y respiran pura y superior atmósfera en nuestro aire oxigenado; pues, de igual suerte, no podemos nosotros formarnos idea hoy, en los progresos de los tiempos modernos, en la plenitud completa del espíritu europeo, no podemos formarnos idea, no, de la guerra sañuda, implacable, que allá en los hondos abismos del tiempo antiguo, empeñaban unos pueblos con otros pueblos y unas razas con otras razas, cuando se formaban poco á poco las nacionalidades ó surgían los Estados productos del feudalismo, entre las ráfagas de una tempestad sin fin y entre los sacudimientos de unos terremotos sin medida y sin término.

Imaginaos cuantos esfuerzos necesitaría emplear Rusia para lanzar del Báltico á Suecia, para destruir en el centro de sus estepas el dominio de Polonia, para contrastar las órdenes teutónicas que le cerraban el paso y le impedían el poder, para transfundirse la sangre de los cosacos en Ucrania, para extenderse por el Oriente hasta tomar los feudos de las hordas de oro, los kanados de Kazan y Astrakan en las orillas del Volga, la superioridad allá sobre las aguas del Don, los ingresos en Tobolsk capital de Siberia, los grandes boquetes abiertos así para entrar en el Ponto-Euxino tan deseado, como en el Turkestan antiguo tan misterioso, convirtiéndose por verdaderos milagros en potencia de primer orden al igual europea y asiática. Ninguno de tales portentos hubieran podido cumplirse más que á costa de Suecia y de Polonia. Cuando, á principios del siglo décimo octavo, se declara el Czar